

El Domingo, PAN de la PALABRA

XXX TIEMPO ORDINARIO (23 octubre 2005)

Primera lectura: Ex 22, 20-26
(*Si explotáis a viudas y huérfanos se encenderá mi ira contra vosotros*)

Salmo responsorial: 17 (*Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza*)

Segunda lectura: 1 Ts 1, 5c-10
(*Abandonasteis los ídolos para servir a Dios y vivir aguardando la vuelta de su Hijo*)

Evangelio: Mt 22, 24-40
(*Amarás al Señor tu Dios y al prójimo como a ti mismo*)

«—Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley?

—El le dijo: Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el principal y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos se resume toda la ley y los profetas.»

23 de octubre:
DÍA DEL DOMUND

«MISION: PAN PARTIDO
PARA EL MUNDO»

LA SABIDURIA DEL MESIAS

La sabiduría no se ha de medir solamente por la cantidad de información que uno posee, sino por la calidad y por la capacidad para relacionarla. Si esto es cierto para cualquier ciencia humana, mucho más para la «sabiduría del Reino», de la cual el Mesías es el máximo exponente.

Así, Jesús, es puesto a prueba en su sabiduría, en la cantidad de conocimientos que poseía. Los fariseos se gloriaban de conocer los 613 mandamientos de la ley, 248 positivos y 365 negativos. Conocer la ley hasta el máximo detalle era su gloria, en lo que basaban la exigencia a Dios para ser justificados, salvados.

El Mesías, el enviado de Dios, demuestra que conoce la ley de Dios mejor que ninguno. No sólo en su cantidad, sino por la calidad.

En la cantidad, porque conoce la ley lo suficientemente bien como para poder distinguir cuáles son los mandamientos más importantes. De todos reconoce, como más importantes, los que reflejan el amor a Dios y a los hermanos. En la calidad, porque expresa que el conocer la ley no justifica, no salva. Lo esencial, lo que salva, es vivirla, y la ley de Dios se vive por el amor: los dos mandamientos principales comienzan igual: «amarás».



«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu ser», es decir, que no dejarás un resquicio de corazón a los ídolos. Así lo recuerda Pablo, y por lo que alaba a la comunidad de Tesalónica: han abandonado todo aquello que no es Dios, y que no da plenitud al corazón del hombre.

«Amarás al prójimo como a ti mismo», unido estrechamente al amor a Dios, porque el amor a Dios es el amor al hermano. El prójimo es el sacramento de Dios: viendo al hermano, y sobre todo al más pobre y desvalido, estamos viendo a Dios.

El amor al hermano tiene además un doble fundamento: Por un lado, porque es semejante a nosotros, es otro yo con nuestros mismos derechos («forasteros fuisteis vosotros en Egipto»). Por otro, porque Dios es compasivo y la ley y su cumplimiento es para hacernos semejantes a Dios. Esto lo conseguimos amando y protegiendo al hermano y, a aquel por el que Dios tiene especial debilidad: el más pobre y más desvalido, en su tiempo los forasteros, las viudas y los huérfanos; en el nuestro, los emigrantes, transeúntes, etc. ■

Rafael Amo